

DIOS: UNA BIOGRAFÍA

Ese es el título de la obra que en 1996 ganó el Premio Pulitzer en la categoría de Biografías. Su autor, Jack Miles, es un especialista en teología bíblica, con estudios en la Universidad Gregoriana de Roma y la Universidad Hebrea de Jerusalén, que en la actualidad se desempeña como Director de un Centro Humanístico en la Claremont Graduate School de California¹.

El objetivo de la obra es presentar a la Biblia, en su forma y orden actual, como una obra literaria que narra la historia de un personaje central designado en diversos contextos como Yahweh, Elohim o Dios de nuestros Padres, pero que en la cultura actual es el Dios de la tradición judeocristiana.

Se estudia únicamente el Antiguo Testamento, y se respeta expresamente el orden de los libros en el canon hebreo (*Tanakh*), que difiere significativamente, en la parte final, de las Biblias cristianas.

En los párrafos que siguen deseo hacer una breve presentación y comentario de esta obra fascinante, que sin duda será muy pronto traducida a un gran número de idiomas.

Es ya un alivio encontrar por fin sobre el tema religioso (judeocristiano) un escrito de difusión masiva con alto rigor académico, tras el diluvio de novelarías oníricas, metafísicas de medio pelo, y caballerías de Troya pseudocientíficas que anegan las librerías, en un intento desesperado de que la especie del «homo legens» (hombre lector) no desaparezca por completo del globo terráqueo.

ALTERNATIVAS DE LECTURA

La Biblia puede ser abordada desde al menos dos perspectivas, y el libro que estamos comentando puede ser también dirigido a dos públicos distintos, y leído en dos contextos diferentes.

La Sagrada Escritura ha sido leída durante muchos siglos por millones de personas como la Palabra Revelada de Dios. En este sentido no puede ser igualada a otros escritos literarios o históricos, ya que su interpretación está de alguna manera regulada por diversas instancias eclesiales, y su lectura está inmersa en el torrente de una tradición multiseular en la que, con pequeñas variantes y matices, ya hace tiempo que casi todo está dicho. Pero puede ser también leída como una novela o biografía, como la historia de un personaje que cuenta lo que le ha pasado a lo largo de su vida. Es esta segunda la clave de lec-

tura adoptada por el autor del libro que comentamos.

Las dificultades de este acercamiento son múltiples. La Biblia fue redactada por muchas personas en épocas distintas, y por lo mismo sus diversos estilos no son uniformes, ni es fácil lograr una continuidad entre los libros que la componen.

Jack Miles sortea este escollo fijándose en el orden en que han sido recopiladas las diversas partes de la obra total.

Sin duda hubo una intención ya en los compiladores originales de los libros que actualmente conocemos, al poner por ejemplo el relato *elohista* de la creación (Génesis 1, donde a Dios se le llama Elohim y aparece majestuoso y omnipotente, haciendo surgir las cosas de la nada con sólo nombrarlas) por delante del *yahwista* (Génesis 2, donde a Dios se le llama Yahweh, y actúa de manera más informal, como un alfarero que modifica su proyecto original conforme las circunstancias van cambiando); aunque la versión *elohista* fue compuesta varias décadas, y quizás siglos, después de la *yahwista*.

También las comunidades que recopilaron los diversos escritos bíblicos y ordenaron los rollos o códices de una manera y no de otra, sin seguir estrictamente un orden cronológico de composición ni atribución, tuvieron alguna intención consciente o inconsciente al realizar ese proceso.

Esto último es lo que se quiere descubrir en esta obra. Sin darse cuenta cabal de lo que estaban haciendo -dice Miles- los diversos autores recogidos en el *Tanakh* nos cuentan la historia y evolución de un joven brioso, que con el paso del tiempo se va haciendo abuelo.

Además, este intento de relectura bíblica podía ser dirigido a dos públicos distintos: el creyente y el agnóstico (por llamarlo de alguna manera). Jack Miles trata de interpelar a los dos frentes.

Escribiendo desde un «país desarrollado», y en un ambiente universitario donde las religiones oficiales están en decadencia, trata de transmitir al agnós-

Eduardo J. Ortiz F.

tico que la Biblia es una obra de arte, simplemente como pieza literaria. Pero quiere invitar también al creyente a que vea nuevas dimensiones en un escrito que ya conoce y hasta venera, enriqueciendo su perspectiva de lectura.

En ningún momento busca cuestionar la tradición. Más aún; aunque el autor nunca expresa directamente sus convicciones personales (fue jesuita durante varios años), se tiene la impresión de que escribe desde una fe crítica, pero viva.

Por otra parte, limita su exposición al Dios de la Biblia, diferente y contradictorio a veces con las versiones filosóficas y dogmáticas de un dios infinito y omnipotente, que sabe todo de antemano.

Por fin, el libro tiene dos claves de lectura.

Hace unos días me encontré a una amiga que estaba leyendo «Los hijos de nuestro barrio» del Premio Nobel egipcio Naguib Mahfouz. Le parecía interesante, aunque la forma de escribir de un árabe sea a veces algo lenta y tortuosa para un occidental.

En la conversación le comenté que el libro era una alegoría sobre la humanidad caída (el barrio formado con los expulsados de la gran mansión), y que las cuatro partes del libro representaban a otros tantos intentos, parcialmente fracasados, por alcanzar la salvación: Moisés, Jesús, Mahoma, «la Ciencia». Por eso la novela estaba prohibida en su país de origen.

Esta observación cambió totalmente la perspectiva de lectura de mi amiga, y la impulsó a releer de nuevo algunas partes bajo una nueva luz.

Algo parecido podemos decir del libro que estamos comentando. Está hecho para todo público, y por lo tanto cualquiera que nunca haya abierto la Biblia debe ser capaz de comprenderlo. Pero es indudable que resultará mucho más rico y sugerente para quien esté familiarizado con los escritos bíblicos. No tendrá por qué estar siempre de acuerdo con todo lo que allí se diga, pero tendrá la posibilidad de ver bajo un nuevo ángulo pasajes conocidos, y relacionar de una mane-

ra diferente los diversos escritos. Y aun cuando se distancie de algunas interpretaciones, reconocerá que las afirmaciones del autor están fundamentadas en un conocimiento muy poco común, aun entre letrados y clérigos, de las fuentes que maneja.

DE LA VITALIDAD PUJANTE AL OLVIDO

Aunque ningún resumen puede sustituir a la lectura directa del libro, cuyos razonamientos, desarrollos, matices y énfasis se pierden, esquematizan o recortan sumariamente en cualquier intento de sinopsis, trataré de pergeñar en unos párrafos la trayectoria que el protagonista (Dios) recorre a lo largo del relato bíblico (el *Tanakh*) desde la perspectiva de Jack Miles. Necesariamente en esta relectura aparecerán expresiones, e incluso interpretaciones, propias de quien resume.

A diferencia de los dioses del Olimpo, o del panteón egipcio o babilonio, el Dios de la Biblia es un solitario. Por eso necesita crearse un interlocutor para desarrollar sus propias posibilidades, y conocerse mejor a sí mismo a través de lo que es capaz de hacer. En este sentido, Dios² comienza de algún modo su propia vida e historia el día de la creación.

El primer capítulo de esta larga vida tiene como *leit motiv* la *Generación*. Dios crea una pareja humana «a su imagen». Busca un espejo en el que reconocerse. Los rasgos más resaltantes de esta semejanza son el poder de transmitir la vida, y el conocimiento (capacidad de saber y hacer) del bien y del mal.

Vano intento. Como un niño acostumbrado por demasiado tiempo a estar solo resiente la aparición de un nuevo hermano, Dios parece arrepentirse muy pronto de su primer ensayo. Los capítulos iniciales del Génesis reflejan una lucha interna entre la humanidad y Dios, y entre la potencialidad creadora y destructora de este último (expulsión del Edén, confusión de lenguas en Babel, diluvio).

Después de un tiempo, cuando las

cosas parecen haberse ido hasta cierto punto de las manos, Dios decide recomenzar la experiencia con un grupo; mejor dicho, con una familia (Abraham), a la que promete ser ancestro de una nueva nación. En todo caso, para que esta vez quede bien claro quién da el poder de multiplicarse, la reproducción humana queda recortada con un conjunto de ritos y acontecimientos simbólicos (circuncisión del órgano reproductor, esterilidad de Sara, mandato revocado a última hora de sacrificar a Isaac). También los títulos reales de la divinidad se focalizan y limitan: ahora es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob o, poco más tarde, el Dios de nuestros padres. Y tampoco faltan las escaramuzas y añagazas de los hombre para hacerse con el poder de Dios o utilizarlo fraudulentamente en su favor (robo de la primogenitura por parte de Jacob, pelea cuerpo a cuerpo de este último con Dios, masacre traicionera de los vecinos hivitas, precisamente cuando los guerreros están convalecientes por haber aceptado la circuncisión; de esta manera un signo sagrado de la alianza se utiliza como señuelo de destrucción y genocidio).

Con el paso del tiempo se abre un nuevo capítulo. Después de un interludio idílico en el que Dios revela sueños a José y lo convierte en un burócrata eficiente y exitoso al frente del imperio egipcio, el papel de amigo de la familia le obliga a convertirse repentinamente en vengador y guerrero.

El aspecto destructor de la divinidad exagera aquí rasgos que nunca más volverán a aparecer. Porque está bien que se quiera liberar a un pueblo, pero ¿hacía falta derramar tanta sangre para ello?

Es verdad que estamos muy lejos de los tiempos actuales, donde se intensifican las negociaciones para evitar el estallido de las guerras; pero aquí Dios se pasa. Envía repetidamente a Aarón y Moisés ante el Faraón, sabiendo de antemano que no les van a hacer caso porque él mismo ha endurecido su corazón. Egipto -parte, no lo olvidemos, de la humanidad creada originalmente por el

mismo Dios con la misión de multiplicarse y dominar la tierra- es asolada por unas plagas sobrevenidas con la implacabilidad ciega del destino en las tragedias griegas.

Más desenfrenado y arbitrario, si cabe, es el mandato posterior de aniquilar a todas las naciones que los israelitas encuentren en su camino, incluidos las mujeres y los niños. La motivación es por demás chocante: no se trata sólo, ni principalmente, de hacerse por la fuerza con una tierra que Dios prometió a Abraham, sino de impedir por todos los medios que Israel se enamore de otros dioses, a los que adoran esos pueblos.

Entre tanto, el pueblo elegido ha seguido con sus malcriadeces y patrañas. Hasta ha maldecido a Dios por sacarlo de Egipto para matarlo de hambre en el desierto, y ha escondido repetidamente en sus alforjas dioses sustitutos, de los que no se quiere deshacer. Incluso ha aprovechado la ausencia de Moisés para construirse un becerro de oro, y arrastrar a Aarón y a los suyos a la apostasía. No es extraño que tanto Dios como Moisés caigan repetidamente en depresiones, desalientos, y hasta tentaciones de comenzar de cero («Los voy a aniquilar y te voy a hacer jefe de otro pueblo», propone Dios a Moisés en uno de sus arranques). Por otra parte, Dios mismo ha dado en cierto sentido motivo a esos equívocos al revelarse a Moisés rodeado de símbolos como el fuego y la montaña, reservados tradicionalmente a Baal.

Después de todo, Dios decide seguir adelante con lo que tiene entre manos. Esto le obliga a dejar momentáneamente la función guerrera y convertirse en legislador, para regular la convivencia de las futuras generaciones. Paralelamente a la conversión de Israel de tribu nómada en pueblo sedentario, Dios ha pasado de ser divinidad doméstica a transformarse en Soberano. Nace al mismo tiempo un monoteísmo que no soporta la existencia de otros dioses rivales. El legislador y el guerrero se entremezclan, sin embargo, en la borrachera de holocaustos y aspersiones del altar y de todo el pue-

blo con copas rebosantes de sangre, que sellan la alianza.

El Soberano, por otra parte, necesita marcar distancias con una corte de funcionarios y burócratas. Nace así una segregación interna, por la que el pueblo llano se ve sometido a una cohorte de escribas, sacerdotes y levitas que se proclaman mediadores e intérpretes de la palabra de Dios. Este habita en medio de su pueblo, pero ya la mayor parte de los israelitas no puede entrar al tabernáculo, y hasta los sacerdotes tienen reguladas sus propias audiencias.

La vida de Dios está llegando a su madurez. También el Reino de Judá alcanza su apogeo con el acceso al trono de David y Salomón. Con ellos mantiene Dios una relación nueva, que le impulsa a encontrar palabras inéditas para expresar emociones desconocidas hasta entonces. Por primera vez Dios se llama a sí mismo Padre, al describirle a David la relación que en el futuro va a mantener con Salomón.

Pero no cesan por eso los conflictos familiares. La madurez de los hijos trae inevitablemente un distanciamiento. Las mujeres extranjeras de Salomón (Dios había arrebatado previamente a Saúl la corona por no haber aniquilado por completo a un pueblo vencido en la guerra, pero a estas alturas parece haberse resignado a la convivencia amigable con otros países) inclinan al rey hacia la idolatría. Su hijo es incapaz de mantener cohesionado el reino, y sufre la separación de la mayor parte de las tribus septentrionales bajo una nueva corona. Pero, con pequeñas excepciones, ni el reino del sur (Judá) ni el del norte (Israel) son fieles a la alianza.

Aunque ya un poco cansado por los años, Dios decide una vez más tomar las riendas en su mano. Pero esta vez, bajo nuevos términos. Ya no se va a poner al frente del ejército; más bien va a llamar a otros reyes para que actúen por él. A su pueblo se conformará con recriminarlo repetidamente, con unos tonos que por momentos alcanzan una inigualable sublimidad poética y literaria, a través de

sus mensajeros, los profetas. Asiria y Babilonia serán los encargados de infligir el castigo.

¡Qué contraste! Hace un tiempo se había enfrentado al mayor imperio del momento (Egipto) para liberar a su pueblo de la servidumbre. Ahora llama a los nuevos monarcas del orbe para que lo vuelvan a esclavizar. Este pueblo suyo no entiende otro lenguaje que no sea el de los golpes y el castigo.

Pero un padre es siempre un padre. Acaba de expulsar de casa al hijo, y ya lo está echando de menos. En sus confidencias a los profetas confiesa su escrúpulo de que se le haya podido pasar la mano en el castigo. Además, tiene la sensación de haberlos enviado con unos tutores que no están cumpliendo su misión. Por eso, va a cambiarlos.

Al imperio babilónico le sigue el persa, más refinado y transigente, que permite a los judíos (ése será en adelante el nombre de ese pueblo y su cultura) reconstruir las murallas de Jerusalén y levantar una pequeña gobernación semi-autónoma bajo el mandato de Zorobabel.

Mientras tanto, también los hijos han crecido y se han curtido en la desgracia. A decir verdad, el regreso ha supuesto una enorme decepción. Los últimos profetas del exilio les habían hablado de una restauración que superaría infinitamente al pasado, como el cielo a la tierra, y de un nuevo templo y una nueva Jerusalén al que afluirían los creyentes por miríadas desde todas las naciones. Pero nada de esto había pasado. La única semejanza irónica con esas profecías -comenta Jack Miles- es la Jerusalén de hoy, disputada como centro religioso por judíos, musulmanes y cristianos.

Esto provoca paulatinamente una transformación religiosa en el pueblo judío. Por una parte se sienten autónomos y solos, lo cual no deja de ser un signo de haber alcanzado la mayoría de edad. En adelante su vida y su pueblo serán lo que ellos decidan que sea. Ya nadie va venir a ayudarlos con intervenciones milagrosas.

Simultáneamente, y en parte como

consecuencia de ello, la religión judía se interioriza y se hace más racional. Dios descubre también entonces su lado femenino. Es el momento de la revelación de «la Dama Sabiduría», concentrada en los Salmos y los Proverbios. En los primeros, el papel predominante de Dios es el de consejero. Al lado de evocaciones preteritas, que ya son más bien «cantares de gesta» de un pasado idealizado e irre recuperable, la ley toma un primer lugar permanente y sosegado, con una intensidad que nunca había tenido hasta entonces. El plan de vida nacional se redimensiona hasta hacerse casi trivial: «comportémonos bien unos con otros para vivir y morir en santa paz». Pero en los Salmos, todavía se reconoce esa Ley como una colección de recomendaciones provenientes de Dios. Los Proverbios, en cambio, son dichos de sabiduría popular que pueden ser leídos casi en su totalidad sin ninguna referencia religiosa.

Porque, además, la imagen del Padre ha comenzado a tomar dimensiones más reales ante los hijos adultos, que también han descubierto alguna de sus vagabunderías. La más llamativa es la historia en la que Dios se juega la suerte de uno de ellos (Job) en una serie de apuestas truhanescas con el diablo. Al final se reconoce derrotado por la bondad sin tacha de Job, y reprende a sus amigos que han tratado de defender lo injustificable. Tan impresionado queda por este enfrentamiento, que ya no volverá a abrir la boca³. En algunos libros posteriores se hablará a veces de Dios. En otros se guardará silencio sobre su existencia. Pero él nunca más pronunciará una palabra.

En efecto (recordemos una vez más que estamos siguiendo el canon judío o *Tanakh*) en los escritos siguientes vamos presenciando un ocultamiento progresivo del abuelo Dios, que se limita a contemplar los juegos de sus nietos en la distancia. El Cantar de los Cantares es un poema de amor profano introducido por alguna mano juguetona entre los libros sagrados. Como todo canto de amor, tiene algo de inmarcesible con el paso de los años. Se puede leer como aplicado

al amor fogoso de los padres y abuelos en su juventud, como reflejo de una época que busca en la intimidad y el escarceo erótico un bálsamo para tantas heridas y desengaños o, con ciertas reservas, como una declaración de fidelidad de Dios hacia sus hijos.

Literariamente, el libro cumple también una función catártica, como los sainetes representados en los intermedios de las tragedias en el Siglo de Oro. Está insertado, en efecto, junto con Ruth (en el que, de paso, la judía Noemí empuja sin ningún empacho a la moabita Ruth a volverse a su tierra y a sus dioses tras la muerte de su marido), entre el Libro de Job y el de las Lamentaciones. Este pequeño ciclo se cierra con el Eclesiastés, que es un compendio universal de cinismo e incredulidad («es una misma la suerte que corren los hombres y las bestias; los dos nacen del polvo y terminan en el polvo»).

La última parte es llamada por Jack Miles *Ausencia*. En realidad, no se sabe si el abuelo todavía vive parálitico en algún rincón, o si ya se ha muerto. En todo caso, no se puede contar con él. Ester (el texto hebreo, podado de sus adiciones posteriores en griego) salva al pueblo judío por su propia astucia, sin pedir ayuda a Dios, ni siquiera nombrarlo. Daniel es un funcionario renombrado en una corte extranjera. Sus contactos con el más allá ya no son con Dios sino con sus mensajeros angélicos Gabriel y Miguel, que hablan del *Anciano*, y anuncian tímidamente un futuro mejor, pero esta vez en un lenguaje cifrado, abierto a mil interpretaciones o a ninguna.

El canon judío se acerca a su fin con los libros de Esdras y Nehemías, donde «el Dios de la Biblia es sustituido por la Biblia de Dios». Aquí el protagonista es el *rollo* de la Ley (probablemente el actual libro del Deuteronomio), que contiene una carta llena de recomendaciones y consejos de Dios, o su testamento.

La conclusión y cierre definitivo del *Tanakh* está contenido en los dos Libros de las Crónicas. Un recuento idealizado, y expurgado, de la historia pasada. Una

reunión de familia en la que los padres cuentan a sus hijos los hechos edificantes del abuelo.

«Cuando el *Tanakh* se acaba, el espíritu de Dios ha quedado objetivado en la ley, la acción de Dios se ha encarnado en los jefes y la voz de Dios se ha trasladado a la oración».

¿IMAGEN DE QUIÉN?

A lo largo de toda la obra Jack Miles, aunque teólogo, se mantiene tesoneramente ceñido al terreno de la crítica literaria. Incluso en sus interludios, de títulos interrogativamente sugerentes (¿Se puede escribir la vida de Dios? ¿En qué se sustenta su divinidad? ¿Dios conoce el fracaso o el amor? ¿Ha perdido Dios todo interés?), habla de un personaje literario, al que compara con los protagonistas de la tragedia griega clásica o la shakesperiana.

Pero no puede ignorar que con su obra ha desenterrado y removido en el lector, creyente o no, una serie de inquietudes y angustias que exigen algún tipo de respuesta.

Aunque cada lector debe encontrar la que más le satisfaga, quiero enunciar aquí, más como temas abiertos que como propuestas, algunas de las cuestiones que más me han martillado el cerebro y la sensibilidad en el transcurso de la lectura.

Comencemos por la formulada al comienzo de este apartado: ¿quién es imagen de quién? ¿El hombre de Dios, o Dios del hombre?

Contra la evidente intención de Jack Miles, los secuaces de Feuerbach podrían encontrar en su obra una brillante confirmación de sus propias convicciones. Dios es un reflejo de la impotencia del hombre, y de su deseo de superación. Cuando la humanidad se siente pequeña y desvalida, llena de atributos a la divinidad; conforme va aprendiendo a resolver los problemas por su cuenta, siente progresivamente que ya Dios no le hace falta.

Hay una parte de verdad incontrovertible en esta constatación. Como decía

en mi infancia en términos un poco grotescos el Obispo de la región: «es mejor permanecer pegados al campo, porque la industrialización trae el ateísmo». De hecho la Europa de hoy es más rica y menos creyente que la de ayer, al menos en el sentido *ortodoxo* de esa palabra.

Pero ahí está el problema. La sed de soluciones mágicas a las angustias personales, muchas de ellas con matices y tintes religiosos, es hoy tan grande como ayer. Y lo mismo que en el tiempo remoto de las pinturas rupestres o los petroglifos, nos recubrimos de talismanes y símbolos para librarnos de las malaventuras y asir por la fuerza a la felicidad.

Sería deprimente pensar que este ser humano, tan lastimoso, lleno de sí y extravagante, es el culmen al que puede llegar el universo en el que vivimos. Prefiero seguir creyendo que hay alguien mejor, aunque al hablar de él no tenga más remedio que hacerlo «a mi manera» y, como Israel, imaginarlo sanguinario cuando yo lo soy, o civilizado *gentleman* inglés cuando la civilización comienza a sentir casi como propio el mal infligido a los animales y a las plantas.

Es probable asimismo que algún día, ojalá no muy lejano, las diversas religiones históricas sientan vergüenza por la seguridad e intolerancia con la que han defendido la supremacía de su propia visión de Dios como la única admisible. Pero al mismo tiempo, como seres sociales que somos, no tenemos más remedio que registrar nuestra comprensión de lo inabarcable dentro de determinadas tradiciones adaptadas a nuestra realidad cultural.

Por eso, cualquier persona que se declare creyente terminará por privilegiar, aunque sólo sea porque vivencialmente le evoca experiencias profundas e irrenunciables de su pasado, alguna tradición religiosa que en nuestro contexto es para la mayoría de las personas la fe cristiana.

DIOS VIVO

Por otra parte, la relectura de la Bi-

blija, en la que este libro nos guía con mano maestra, despierta una cierta nostalgia por una vitalidad religiosa perdida.

Los judíos tuvieron más de diez siglos para ir formando y puliendo su idea de Dios. Las religiones bíblicas, en cambio, se han encontrado de manos atadas para proseguir esta tarea. La Biblia, dicen los cristianos con un evidente error histórico que aquí no viene al caso, se cerró con la muerte del último apóstol. La explicación de la divinidad se tiene que repetir invariablemente con la formulación filosófica, hoy periclitada, que utilizaban los helenistas en el siglo V. Lo mismo que la presencia eucarística se tiene que ceñir al buen entender de la obsoleta terminología, y crasa ignorancia científica, dominante en el medioevo.

Hay una cierta contradicción en confejar un Dios vivo y congelar su comprensión para siempre en odres viejos. Esa puede ser una de las razones más profundas por la que la adhesión a las iglesias es cada vez menor. Lutero se separó de la iglesia romana por fidelidad a su comprensión del evangelio, y terminó dando pie al surgimiento de nuevas tradiciones, a veces más intransigentes que sus antecesoras. Hoy abundan quienes creen en Dios, pero no quieren aceptar que les impongan desde fuera ninguna tradición que les señale lo que esa fe conlleva.

A lo mejor, junto a mucho de inconsistencia, o hasta de pereza intelectual, hay aquí un auténtico germen liberador de la imagen de Dios, que quiere dejarle seguir viviendo a sus anchas, y expresándose con palabras y formas nuevas que rompan los moldes de lo que ya está dicho. Porque en la vida de verdad, nada está dicho definitivamente hasta que se muere.

MAYORÍA DE EDAD

Todo esto ya se había formulado hace mucho tiempo. En los años sesenta los estudiosos de la teología devoraban las obras de un malogrado teólogo alemán,

ejecutado en las cárceles hitlerianas, que en su correspondencia de los últimos días reflexionaba en cartas a los amigos sobre el futuro de la religión⁴. Allí se trataba de comprender cómo había que responder a un cristiano «mayor de edad», que hacía tiempo había dejado de creer en el Dios «tapa-agujeros».

El mundo subdesarrollado ha evadido en cierta forma esa crisis religiosa posterior llamada «secularización», lo cual no haría sino confirmar la tesis de que mientras no se solucionen los problemas básicos de subsistencia Dios sigue siendo necesario.

Por otra parte, la Iglesia es hoy una de las instituciones sociales más comprometidas con la eliminación de la pobreza. ¿Estará trabajando de esa manera inconscientemente por su propio eclipse?

De algún modo es ésa la tarea que desde el inicio de la humanidad han cumplido los padres. Volcarse en la educación de sus hijos hasta hacerlos autónomos, y con ello dejar de ser ellos mismos indispensables. Es sin duda una tarea noble, difícil y poco agradecida. Pasar la bandera, y ser acusados al mismo tiempo de no soltarla suficientemente. Quizás, si las iglesias tienen éxito en sus proyectos de liberación, ésa va ser su suerte. Como la del Dios bíblico. ■

Eduardo J. Ortiz F. es teólogo y economista, Director del Centro de Investigaciones Económicas y Sociales de la UCAB

1. Jack Miles. *God. A Biography*. Alfred A. Knopf Inc. New York, 1996. La versión que tengo entre manos es la traducción francesa de Éditions Robert Laffont, Paris.
2. El autor utiliza un sinnúmero de denominaciones para designar al Dios bíblico, tratando de respetar la multiplicidad de tradiciones religiosas insertas en el texto actual (Yahweh, Elohim, Yahweh-Elohim, Dios del cielo, Dios de los ejércitos, etc.). En este resumen, agrupo a todas ellas bajo la palabra genérica de DIOS.
3. Este es el único capítulo en el que Miles despliega sus amplios conocimientos de hebreo, Biblia, y exégesis moderna católica, protestante y judía (aunque lo hace sobre todo en las notas) para fundamentar su interpretación.
4. Dietrich Bonhoeffer. *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*. Ediciones Sígueme.